

TRABAJO SOCIAL DE CARA A LA REALIDAD LATINOAMERICANA¹

JOSÉ PAULO NETTO*

RESUMEN

El autor parte de hacer una reflexión sobre el trabajo social como una profesión con un campo de conocimientos y de prácticas que debe responder a demandas sociales reconocidas, en este sentido es un espacio históricamente construido y por lo tanto continuamente revisado dependiendo del contexto.

Para el caso de América Latina sugiere tener en cuenta toda la diversidad en términos culturales para definir una acción profesional más próxima a esta pluralidad. Los desafíos que enfrenta el Trabajo Social tienen que ver, entonces, con una mayor cualificación en la formación profesional para ampliar la comprensión de estos procesos desde lo teórico, lo metodológico y desde lo político.

Palabras claves: Trabajo Social - Formación Profesional

ABSTRACT

The author of making a reflection on the social work as a profession with a field of knowledge and of practices that should respond to grateful social demands, in this sense is a historically built and therefore continually revised depending on the context. For the case of Latin America suggests to keep in mind all the diversity in cultural terms to define a professional action more near to this plurality. The challenges that confront the Work Social have to see, then, with a bigger qualification in the professional formation to enlarge the understanding of these processes from the theoretical, the methodological and from the political.

Key words: Work Social - Professional Formation

¹ Trabajo presentado en XII CONGRESO COLOMBIANO DE TRABAJO SOCIAL REALIDAD SOCIAL, PRÁCTICA PROFESIONAL E IDENTIDAD DEL TRABAJADOR SOCIAL realizado en Manizales del 19 al 22 de agosto de 2003.

* Docente Universidad de Brasil

La intervención se dividirá en tres momentos. En un primer momento quiero hacer una aproximación a mi concepción de trabajo social. Esto me parece un supuesto necesario para que nos pongamos de acuerdo, porque de la concepción de trabajo social que se tenga es que se pueden hacer proyecciones, diagnósticos e incluso algunas verificaciones de hechos.

En un segundo momento, quiero hacer algunas observaciones sobre América Latina, en un intento de caracterizar su o mejor nuestra crisis contemporánea. Finalmente, quiero hacer, para quedar de cara al trabajo social, alguna aproximación a los posibles desarrollos del trabajo social en América Latina, más exactamente, puntualizar en los desafíos que la profesión tiene que enfrentar en los días de hoy.

Empiezo por decirles, y esto puede parecer algo muy obvio, muy banal, pero tiene implicaciones teóricas e interventivas muy serias. Empiezo por decirles que yo pienso en el trabajo social como una profesión. O sea, yo no concuerdo con una fuerte corriente que existe en el campo profesional, que imagina que el trabajo social sea o pueda ser en el futuro una ciencia. Yo pienso que el trabajo social es una práctica profesional, más exactamente, una práctica social institucionalizada, lo cual quiere decir que primero, ella supone una formación específica; segundo, el ejercicio profesional es un ejercicio controlado, verificable, bajo control; y tercero, supone una gratificación monetaria.

Hablar de plata o de dinero es algo que casi siempre causa en los trabajadores sociales una especie de lo que los franceses llaman *frisson* (escalofrío). Esto se manifiesta incluso con la imagen históricamente construida en el trabajo social como un profesional liberal, esta imagen ha sido y es un mero mito. El trabajador social es masivamente un asalariado, es un trabajador asalariado.

Estos tres elementos, o sea, la formación específica; el trabajo profesional controlado, sometido a aparatos; y la gratificación monetaria, es decir el instrumento salarial, son las cosas que caracterizan a una profesión en la sociedad contemporánea.

Pero una profesión es mucho más que eso, es un cuerpo de conocimientos y de prácticas, de intervenciones y de reflexiones que deben responder a demandas sociales reconocidas. Ninguno de nosotros conoce, como profesión, algo cuyo trabajo sea hacer que los bananos o plátanos sean rectos, eso no es una demanda social.

Una profesión tiene que contestar, tiene que responder a demandas sociales reconocidas y lo hace de una forma cualificada. Quiero decir que no son solamente las prácticas sociales que contestan a demandas las que se constituyen en profesiones, hay formas alternativas y distintas de responder a demandas sociales. Una profesión sólo se constituye como tal, en la medida en que tenga los tres rasgos que he mencionado y que sobretodo ofrece respuestas calificadas a demandas sociales reconocidas.

Es importante señalar este último rasgo, porque el espacio profesional es siempre un espacio históricamente construido, lo cual significa que los espacios profesionales pueden tanto ampliarse como achicarse. Hay profesiones que pueden desaparecer, hay profesiones que pueden metamorfosearse, cambiar y ampliar su espacio profesional.

Cuando insisto en que el trabajo social no es una ciencia, no lo es, ni lo será. Esto no significa una subvaloración de los conocimientos teóricos. Por el contrario, el trabajo social será tanto más eficiente, tanto más eficaz cuanto más se apropie de los insumos de las ciencias sociales. Nadie obtiene éxito en una intervención sino la precede de un análisis correcto. Quien comete errores en el análisis, seguramente comete errores en la intervención.

Con esa observación también quiero subrayar que aunque el trabajo social no es una ciencia, en cuanto campo de intervención profesional él puede volverse un campo de producción de conocimientos. De ahí la importancia de la investigación, de la elaboración teórica de los profesionales del trabajo social. De cualquier manera, me interesa llamar la atención sobre el trazo que me parece más importante para pensar en el trabajo social desde la perspectiva en la que yo me sitúo.

Tradicionalmente, qué aprendimos de la historia del trabajo social. Que el trabajo social es una profesión que surge en la segunda mitad del siglo XIX. Siempre los libros y los manuales son indefectiblemente puntuales en llamar la atención acerca del papel desempeñado por la célebre, famosa *Charity Organisation Society*, año 1869 en Londres y después con sus sucursales en América del Norte. Los manuales nos dicen que el trabajo social surge cuando es posible racionalizar y tornar en alguna actividad científica la práctica caritativa-filantrópica, que venía de tiempos precedentes.

O sea, que existiría una especie de continuidad entre las prácticas filantrópicas que preceden el siglo XIX y la profesionalización del trabajo social, como que hubiera un *continuum* entre la tradición caritativa y filantrópica y el trabajo social, a través de la mediación de las ciencias sociales, de la cientifización o racionalización de la filantropía.

Yo pienso que ésta es una vertiente, además de extremadamente convencional, insostenible en términos del análisis histórico del trabajo social.

Es evidente que el trabajo social, como todas las profesiones, supone ciertas protoformas y las protoformas del trabajo social echan sus raíces en las prácticas filantrópicas-caritativas, además muy fuertes en la tradición cristiana occidental. Pero entre las prácticas filantrópicas y la constitución del trabajo social más que una continuidad, hay una ruptura. Hay una fisura que yo creo merece la atención de los trabajadores sociales. Esta ruptura no termina, no cancela, no interdicta las prácticas filantrópicas; por el contrario, la filantropía continuó su desarrollo a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX y durante el siglo XX.

Pero el trabajo social sólo se constituye, no en el marco de las prácticas filantrópicas, sino en el marco de un nuevo enfoque, de un nuevo tratamiento de la cuestión social. La materia prima del trabajo social son las expresiones, las manifestaciones de la cuestión social y solamente cuando esas expresiones son tomadas por el Estado como objeto de intervención sistemática y no represiva; solamente, entonces, es cuando se crea el espacio socio-histórico para la profesionalización del trabajo social.

O sea, mi visión de la historia del trabajo social no la conecta directamente a la cuestión social, pero sí a un momento histórico determinado en la sociedad, en el cual el Estado ubica la cuestión social como algo que merece y reclama un trato que no es solamente represivo, sino un trato

sistemático y cohesivo, integrador. Eso pasa cuando el Estado es compelido u obligado a desarrollar políticas sociales y es obligado por las luchas populares, por las luchas obreras. Este trance supone el reconocimiento de los derechos sociales y, más que eso, su consagración en el marco de los servicios, a través de las políticas sociales. Es ese ámbito en el que se da la profesionalización del trabajo social.

Les recuerdo rápidamente que los derechos sociales son conquistas típicas del siglo XX. Para hacer referencia a un teórico liberal, me refiero a Marshall, el concepto de ciudadanía supone el cruce y la síntesis de tres órdenes de derechos: los derechos civiles, que son típicos del siglo XVIII; los derechos políticos, que son típicos del siglo XIX; y los derechos sociales producto de las luchas democráticas y populares, de las luchas obreras del siglo XX.

Miren ustedes, que cuando nosotros acompañamos cronológicamente el surgimiento del trabajo social, tenemos un recorrido histórico de medio siglo, los años que van desde la última década del siglo XIX a la cuarta década del siglo XX. Aproximadamente entre 1890, cuando surgen las primeras escuelas y las vísperas de la Segunda Guerra Mundial, el trabajo social está institucionalizado en Europa Nórdica, en Europa Occidental y en América del Norte. Lo que significa que el trabajo social es, curiosa y paradójicamente, desde el punto de vista de su institucionalización profesional, un producto del capitalismo monopolista.

En ese sentido, es interesante observar que la ampliación y el crecimiento del trabajo social están en relación directa con la ampliación de los derechos sociales. El apogeo del trabajo social, su momento culminante coincide, no por azar, con los años dorados del Welfare State, del Estado de Bienestar Social. Estado Social para los italianos, Estado Providencia para los franceses, Bienestar para los pueblos anglosajones. No es una casualidad que eso se dé. Las políticas sociales universalistas, promovidas en el marco del Estado de Bienestar Social, han exigido un conjunto de técnicos capaces de formular, de implementar y ejecutar políticas sociales, uno de estos técnicos ha sido el trabajador social.

Desde ya expongo la hipótesis con la cual yo vengo trabajando hace algunos años: la crisis del Estado de Bienestar Social, sobre la cual vamos a detenernos un poco más adelante, es también la crisis de los derechos sociales y, por lo tanto, significa un achicamiento del campo profesional del trabajo social. Lo que ocurre es una refileantropización del abordaje o tratamiento de la cuestión social.

El segundo punto, es pensar un poco nuestra América. Quiero comenzar por expresar que lo que voy a decir incomoda a los compañeros del Cono Sur: es necesario desmontar el mito de identidad latinoamericana, no existe una América Latina, hay Américas Latinas, en plural. Cuando nosotros pensamos en el Cono Sur, cuando pensamos en el Altiplano, cuando nosotros pensamos en la Amazonía, en la Cuenca Caribeña, nosotros no estamos frente a una misma realidad.

América Latina tiene problemas étnicos muy distintos. Hay países que desconocen el problema racial negro. Hay países que desconocen el problema étnico indígena. Tenemos grados distintos de urbanización y de industrialización. Tenemos una inserción muy diferencial en el circuito

económico capitalista internacional. De hecho, tenemos particularidades regionales que aunque sean supranacionales, son muy peculiares.

Lo cual significa, ante todo, que nosotros en cuanto subcontinente, tenemos expresiones muy distintas de la cuestión social, tenemos distintas demandas sociales y, por lo tanto, es inevitable la diferenciación en el marco del trabajo social. Es evidente que esto no concierne solamente al trabajo social, yo me restrinjo sólo a éste porque es de nosotros que hablamos, pero esto no aplica solamente para el trabajo social.

Lo que sustento es que no hay una identidad latinoamericana. Lo que hay es una unidad latinoamericana. Y quien habla de unidad o hable de identidad, habla es de identidades. La unidad es unidad de lo distinto, de lo diverso, nosotros somos una unidad hecha de diversidades. Nuestra unidad consiste en un mismo denominador común, en una misma base común que unifica todas nuestras formaciones económicas, políticas, sociales, culturales del sur del Río Grande.

En primer lugar, la heteronomía económica, o sea, todos nuestros países tienen los centros decisivos de su vida económica afuera, más allá de sus fronteras. Quiero decir, antes de continuar, que yo excluyo de esta observación general a Cuba, que tiene una autonomía que no puede ser subsumida en estas consideraciones generales. El hecho es que en toda América Latina existe la realidad de la dependencia económica, las decisiones macroeconómicas que afectan la vida cotidiana de nuestros pueblos no está bajo nuestro control. De allí nuestra dependencia.

Aquellos que piensan que esto es una ficción de los años 70's, de los tiempos dorados, de la expectativa de la revolución, les aconsejo que examinen comparativamente las políticas actuales de ajuste fiscal y de reforma del Estado, que se aplican en todo el subcontinente. La terapia es la misma, rigurosamente la misma, más allá de las problemáticas regionales. A esta heteronomía económica le corresponde una brutal heteronomía política. Ustedes se acuerdan, hace algunos años, que un presidente de una importante nación latinoamericana decía que mantenía con Washington relaciones carnales. Nadie se quedó asombrado con esta declaración.

Lo que quiere decir con esto es que en función de la heteronomía económica se manifiesta una heteronomía política. Las clases dominantes en nuestros países no tienen condiciones de formular proyectos nacionales: zonas sociales independientes de los cuadros decisivos de las orientaciones macroeconómicas. Es esto lo que nos unifica. Nos pone a todos en el mismo barco.

En este cuadro de la crisis contemporánea de América Latina que se expresa en varias particularidades nacionales. Miren a Ecuador, a Argentina, a México, a Brasil. Esta crisis contemporánea tiene una doble direccionalidad, de una parte, es una crisis del desarrollo histórico, periférico, de las relaciones capitalistas entre nosotros.

Es bueno recordar que el desarrollo del capitalismo ha sido históricamente el desarrollo de reformas socioeconómicas estructurales. Es bueno recordar, en nuestro triste continente, que reforma agraria no son palabras de la izquierda, reforma agraria es una tarea realizada por la revolución burguesa. Es que entre nosotros, el desarrollo de las relaciones capitalistas se ha hecho

sin la supresión de las formas económicas anteriores; por el contrario, nuestro capitalismo ha subsumido, ha refuncionalizado las relaciones socioeconómicas precedentes. Esto ha hecho que nosotros en América Latina tengamos todas las desventajas del capitalismo, sin ninguna de sus ventajas, si es que las tiene.

Entre nosotros hay una curiosa concentración de propiedad, poder político e ingreso; o sea, concentración de propiedad, concentración de poder político y concentración de la renta, es esto lo que explica que entre nosotros todas, yo quiero remarcar eso en el siglo XX, todas las políticas de erradicación de la pobreza sólo tienen como resultado nuevas políticas de erradicación de la pobreza.

Yo que soy mayor que la mayoría de las personas que están aquí, he conocido de planes de erradicación de la pobreza y ahora ya no se habla de erradicación de la pobreza sino de erradicación de la pobreza absoluta, porque la pobreza es un hecho natural, tenemos que conformarnos con ella. Es eso que hace que todos los planes de generación de renta, de ingresos fracasen. Todos Sin excepción.

Es que entre nosotros, no es posible solucionar la situación de la problemática social, sin enfrentar la concentración de la propiedad y de la renta. Pero esto es apenas una cara de nuestra crisis. La otra cara, es que nuestra crisis es potencial y exponencial, por la crisis general del orden capitalista que es evidente desde los años 70's.

Quiero llamar su atención en lo siguiente, aunque no conozco el trabajo social colombiano, pero con los compañeros brasileños, argentinos, uruguayos, chilenos, bolivianos he llamado la atención sobre la importancia de tener en cuenta la economía del compañero vecino. El compañero dice: "Esto no es problema nuestro", es la forma más sencilla de no entender nada de lo que pasa frente a nuestros ojos. La cuestión social está directamente encuadrada en el marco de las orientaciones macroeconómicas. Quien supone que se puede hacer un recorte entre lo social y lo macroeconómico, seguramente va a perderse caminando sobre las nubes.

Nuestra crisis, que es una crisis de nuestra sociedad, se ve potenciada por el cuadro de orden capitalista a partir de los años 70's. Como ustedes saben entre el 45 y aproximadamente los años 70-75, la dinámica del desarrollo de la economía capitalista céntrica fue excepcional. Fue lo que según un investigador, Ernest Mandel, ha llamado un largo ciclo expansivo, una ola larga expansiva. Las crisis eran crisis coyunturales, episódicas. En el paso de los años 60 a los 70, este ciclo, esta curva ha sufrido una mortal inflexión. La expansión se ha vuelto residual y las crisis dejan de ser episódicas y pasan a ser una especie de continuo.

Cuál ha sido la respuesta de los núcleos duros del capitalismo a esta crisis. La respuesta ha sido claramente el asalto a los derechos sociales. Mayores informaciones con la señora Thatcher. Resultó de allí el desmonte del *Welfare State*. Es evidente que el desmonte no ha sido absoluto. En Europa Nórdica las instituciones del *Welfare* todavía resisten muy bien y en Europa Occidental ese desmonte ha sido rebatido.

Pero para nosotros, los periféricos, se ha constituido una ideología que acá entre nosotros ha tenido un impacto práctico muy fuerte: es la ideología de la satanización del Estado y de lo público, que se traduce groseramente con las palabra de orden de la concepción neoliberal, la idea

del achicamiento del Estado, la idea de que el Estado es malo y que lo público no estatal es bueno. El malo el Estado y el polo positivo es la sociedad civil. Estos son entre nosotros los procesos de privatización, de flexibilización y sobre todo de tercerización, que han hecho que nuestra crisis ya crónica, se muestre hoy en todo su esplendor.

Eso significa que a corto plazo, sin pesimismo, pero con una mirada realista, lo que los latinoamericanos tenemos enfrente, de mantenerse la actual coyuntura internacional y la correlación política interna en nuestro subcontinente, es una profundización de la crisis. Y frente a eso los intentos de frenar la profundización y revertirla deberán ser intentos colectivos, supranacionales, de bloques.

Si este es el cuadro, vamos a pensar en el trabajo social. Creo que ya mencioné que si no hay una identidad Latinoamérica, no hay una identidad del trabajo social en América Latina. No hay un trabajo social latinoamericano. Desde 1925 cuando se institucionaliza por primera vez una agencia de formación, me refiero a la Escuela Chilena Alejandro del Río, desde entonces no hay un trabajo social latinoamericano. Hay expresiones distintas del trabajo social latinoamericano, lo cual se comprende claramente si tenemos en cuenta las particularidades nacionales, ya vigentes en aquel tiempo, y sobretodo las influencias ideológicas, teóricas, culturales que se han hecho muy diferenciales en el desarrollo del trabajo social latinoamericano a partir de los años 30.

Miren ustedes que hay países donde el trabajo social ha llegado por medio, de la santa mano de la Iglesia Católica. Hay otros países donde el trabajo social se institucionaliza por la presencia directa del Estado. Entonces, ha habido siempre, no es un hecho nuevo, un conjunto de tendencias muy distintas en el trabajo social en América Latina. Por eso me parece legítimo, desde allí, afirmar que el trabajo social latinoamericano es un conjunto heterogéneo de concepciones y prácticas y que en los últimos 20 o 30 años, este conjunto está tornándose más diferenciado, más complejo, con tendencias más distintas.

Al contrario de lo que muchos piensan, no creo que la diversidad necesariamente sea algo positivo. Cómo aprovechar esta diversidad, esta heterogeneidad, esta pluralidad de líneas en el trabajo social latinoamericano. Yo creo que eso puede ser algo muy positivo, si el intercambio de experiencias motiva, fomenta, estimula la discusión, el debate y la polémica.

Una de las cosas más terribles que heredamos del pasado del trabajo social tradicional es la idea de una equidad, de que todos pensamos igual. Hay históricamente en el trabajo social, y no creo que eso sea ajeno a la influencia profesional católica, hay entre nosotros una profunda intolerancia. El diferente a nosotros es siempre mirado con alguna sospecha.

Yo creo que es importante ultrapasar, sobrepasar este estadio de nuestra ortodoxia profesional. Es necesario que las diferencias aparezcan, que las diferencias motiven debates, polémicas. Incluso, por qué no, todas las tendencias que existen en el trabajo social latinoamericano tienen la misma legitimidad, no son distintas. A mi juicio, e insisto como una hipótesis de trabajo, tomar el trabajo social en América Latina como un conjunto es una perspectiva extremadamente contradictoria.

Por una parte, en todos nuestros países aumenta la demanda objetiva de trabajo social. Las expresiones cada vez mayores, más profundas, más distintas de la cuestión social, que nos trae

problemas como la pauperización, los varios niveles de violencia, no solamente la violencia física, sino las formas inusitadas de violencia simbólica, por ejemplo, la desorganización social que afecta al conjunto de la sociedad, empezando por la familia, llegando a la ausencia de representatividad en canales tradicionales de acción pública, como sindicatos y partidos políticos.

Este cuadro demanda cada vez más la intervención del trabajo social; o sea, por una parte se trata de una exigencia incluso cuantitativa, por un número mayor de profesionales del trabajo social, hay una demanda objetiva. No es posible enfrentar nuestra crisis contemporánea sin un fuerte y vigoroso aporte del trabajo social, con el cúmulo de su historia, con su patrimonio, con su acervo de experiencias, de conocimientos y de prácticas.

Pero por otro lado y ahí está la contradicción. En la medida en que se reducen los fondos públicos para las políticas sociales universales, y cuando yo hablo de políticas sociales estoy hablando por ejemplo de la política de educación, de la enseñanza superior que afecta directamente a la formación de los cuadros profesionales. Por ejemplo, el estado en que se encuentra la universidad pública en América Latina. Quiero decirles a los compañeros de Manizales que estoy impresionado por el estado y la funcionalidad de sus instalaciones académicas. Quien conozca las universidades públicas de América Latina, llega aquí y dice: “Dios, estamos en el umbral del paraíso”. Las universidades latinoamericanas están siendo socavadas, destruidas. Claro que espero que la situación acá sea distinta, por lo menos la apariencia sugiere eso.

Como venía diciendo, al mismo tiempo que existe la demanda cada vez más fuerte al trabajo del trabajador social, la exigencia de ampliación del trabajo social en todos los niveles, se reducen los fondos públicos para las políticas sociales universales y desaparece la base material para el ejercicio del trabajo social. Esto no se da solamente en el universo de lo público, también se da en la economía empresarial. Los grandes grupos capitalistas presionados por la lógica de la llamada competitividad de la globalización, tratan de cortar costos. El primer costo que se corta es el costo social, además utilizan lo social como forma de fijar marcas.

Es conocido en todo el continente la retórica de la responsabilidad social de las empresas, casi siempre cuando destinan recursos a lo social, son recursos derivados de la renuncia fiscal. También hay casos risibles, en mi país por ejemplo existe un conjunto empresarial que apoya un Instituto *Ethos*. Miren la contradicción, una de las principales empresas que hacen parte del Instituto de responsabilidad social, es una empresa que produce tabaco.

Hay una fuerte contradicción, en la cual se demanda en función de la profundización de la crisis, el soporte del trabajo social, pero al mismo tiempo las políticas sociales son achicadas, reducidas casi siempre a planos focalizados, de pequeño aliento. Cuál es la consecuencia en nuestros países. Nosotros que nunca hemos tenido estrictamente un Estado de Bienestar Social, por el contrario nuestros estados han sido estados de malestar social. Lo que está ocurriendo hoy es la refilantropización del trato de la cuestión social. Me gustaría subrayar esto con fuerza, porque me asombra el número de compañeros en Brasil, Argentina, Uruguay, Chile que están satisfechos con esto, como si eso fuera una conquista. Yo creo que eso es una amenaza a la práctica profesional del trabajo social.

¿Cómo se da eso? En primer lugar, por la transferencia de obligaciones estatales a la llamada sociedad civil. Todo se pasa a la acción del llamado tercer sector y sobretodo a la base del voluntariado. Yo quiero decirles que en Brasil, con 150 millones de habitantes, hay 20 millones de personas vinculadas a actividades voluntarias. No tengo nada en contra del voluntariado, pero lo que importa es la orientación, la acción social del voluntariado. Cuando él pasa a ser un sucedáneo de la acción pública, es que algo anda mal. Esto está ocasionando de hecho una desprofesionalización del trato de la cuestión social.

Mi otra hipótesis, es que el trabajo social se institucionaliza como profesión en la medida en que el trato de la cuestión social se vuelve una práctica profesional, no solamente una práctica social. Lo que pasa ahora, es que el trato de la cuestión social regresa al ámbito de la filantropía. De ahí ese generalizado apego a la solidaridad. Es increíble como nosotros entramos en buques que desde su génesis ya están comprometidos. Lo que parece modernísimo, la última palabra (solidaridad) es algo tan viejo. Si usted quiere mayor información sobre los efectos extremadamente conservadores de la solidaridad pregúntele al señor Emile Durkheim, y hay gente que imagina que ésta es la última palabra de las ciencias sociales.

¿Frente a esto qué desafío tenemos? considerando la diversidad del trabajo social latinoamericano, las diferencias de las expresiones de la cuestión social, yo estoy convencido que todos nosotros pensamos el trabajo social de una forma un poco salvacionista. A nosotros nos preocupa salvar y redimir el mundo. No creo que eso sea malo, yo diría que esta visión generosa de la profesión es algo muy positivo, pero que nos puede llevar a una concepción mesiánica de nuestro quehacer. En mis clases de pregrado, yo les digo a los estudiantes: “Nosotros no podemos salvar el mundo” y coloco siempre el ejemplo: “El médico lucha contra el absoluto que es la muerte. La muerte es el único absoluto, nosotros somos lamentablemente mortales, pero este límite absoluto no le impide trabajar”. El trabajador social no puede pretender resolver los problemas absolutos de nuestro mundo. Nuestra profesión, como toda profesión, tiene límites, y hay que tenerlos claros para que sobrepasemos la eterna y generalizada angustia profesional. Ya estamos muy crecidos para tener esa angustia profesional, tenemos que mirar las cosas de frente, sin ilusiones, hay límites en nuestra profesión, como los hay en todas las profesiones.

Frente al cuadro latinoamericano, desde el punto de vista profesional nosotros tenemos que responder a tres desafíos. Estos, los tres desafíos, a pesar de mi contundencia son hipótesis de trabajo, están en el ámbito de la cualificación, es ahí que nosotros tenemos algún control y es ahí que tenemos que intervenir.

Nuestro primer desafío es la cualificación teórica. Empecé esta intervención diciendo que el trabajo social no es una ciencia, que el trabajador social no es un científico social. Cabe decir, sin embargo, que nosotros tenemos que equiparnos teóricamente para enfrentar la realidad de la cuestión social. Hay que sacar de nosotros el histórico y tradicional antiteoricismo; entre nosotros ha sido más o menos pacífica la idea de que la ciencia la hacen los científicos sociales, la práctica, esa cosa sucia donde es necesario meter la mano, ese es nuestro campo. Hay que romper con eso.

Hay que cualificarnos teóricamente, apropiarnos de las matrices fundamentales de las ciencias sociales, la tradición marxista, la tradición funcionalista, la tradición Weberiana, en todos sus desarrollos en el siglo XX. Hay que incorporar no los productos de las ciencias sociales, no sus conceptos y categorías, pero sí sus formas de análisis. Sin capacitación teórica, estaremos condenados a una profesión de segunda categoría. Sin capacitación teórica no haremos investigación y la investigación es fundamental para iniciar nuestras prácticas interventivas.

El primer desafío, por lo tanto, es un desafío de cualificación teórica, pero esto no basta. El trabajador social debe ser un buen analista de la realidad social, pero su intervención profesional demanda más que eso, supone intervención efectiva. Por eso nosotros tenemos el desafío de la cualificación técnica. Es necesario que investiguemos, que experimentemos, que incorporemos las nuevas técnicas de intervención, técnicas que no tienen propietarios, que son comunes a las disciplinas y a las ciencias sociales. No es posible en el mundo de la informática y del rayo láser que nosotros definamos intervenciones sociales con apuntes en papelitos, utilizando el bolígrafo. Tenemos que adueñarnos, apropiarnos de las modalidades más avanzadas de intervención técnica, de manipulación, no entiendan manipulación como algo peyorativo. Es intervención en el sentido de manejar variables.

Pero hay un tercer nivel de cualificación, que es la cualificación política. Decir política en nuestro medio profesional provoca dos tipos de reacción, las vanguardias partidistas que casi siempre ven el ejercicio profesional como prácticas militantes y el grueso de la profesión que dice la política me disgusta. Quienes dicen que la política les disgusta, con plena seguridad, es gente que práctica la política conservadora sin ningún enojo.

El trabajo social tiene necesariamente una dimensión política. No es una dimensión partidaria necesariamente, es una dimensión de la política, como misión pública de la *polis*. Hay siempre un significado político en nuestras intervenciones, hay que tenerlo claro, hay que tener conciencia de ello. Pero para eso hay que cualificarse, hay que tener instrumentos de análisis de coyuntura, de saber si mi plan de trabajo, el proyecto donde estoy ubicado, insertado, tiene viabilidad, cuáles son sus límites, sus aliados, sus adversarios, hay que conocer esto. Desde 1925 en América Latina, llevamos 50 años en la mayoría de los países, no tenemos más la disculpa de la ingenuidad, hay que asumir con conciencia la dimensión política del trabajo social.

Yo diría que nosotros podemos contestar positivamente a estos tres desafíos, ellos están al alcance, bajo nuestro control.

Pero hay otro que no se acaba, que es algo que sobrepasa la vida profesional, es la cuestión del proyecto societario. Qué sociedad queremos. Qué ideales de sociedad nos proponemos construir. Para decirlo claramente, cómo nosotros visualizamos el futuro de nuestra sociedad, cómo lo queremos, cómo lo deseamos. Los trabajadores sociales, en cuanto ciudadanos, tienen que decir, pero esto se nos escapa, es tarea de las fuerzas político-sociales de nuestras sociedades. Esto pasa para la arena de los conflictos, de las negociaciones, de la confrontación de las clases sociales, de sus intereses y sus objetivos.

Esto está más allá de nosotros, no está aquí fuera de nuestra intervención pero es algo que es extra-profesional, en esto también debemos intervenir, pero por otros conductos que no son conductos estrictamente profesionales y es ahí de hecho que se juega, yo diría la apuesta de nuestras sociedades, pero también allí los trabajadores sociales tenemos algo para decir.

Recibido en diciembre 12 de 2003
Aprobado en mayo 10 de 2004